



10 de octubre de 1880¹

**La Santísima Virgen es nuestro modelo
en el amor y la imitación de Nuestro Señor.**

Lectura del punto de la Regla: De las condiciones que se han de reunir para entrar en la Congregación: Recuerden siempre las hermanas que no son las ayudas temporales las que deben sostener su obra, sino la confianza en Dios solo y la aplicación a no decir ni hacer nada que no hubiese podido ser dicho ni hecho por nuestro señor Jesucristo o por su Madre Santísima.

Mis queridas hijas:

Lo que acaban de leer es una regla de grandísima perfección, pues hemos de ser capaces de encontrar que todas nuestras acciones son tales que podrían haber sido hechas por nuestro Señor y por la Santísima Virgen. Esto implica que nunca mezclaremos la naturaleza con nada de lo que hagamos, y que todas nuestras relaciones estarán reguladas por el espíritu religioso, por el amor a Nuestro Señor y a la Santísima Virgen.

Hoy es la fiesta de la Maternidad de la Santísima Virgen. Es una gran alegría para sus hijas hablar de ella de vez en cuando. San Bernardo dice que es bueno tratar de hablar de ella, aunque no podamos hacerlo como ella se merece.

Lo que podemos decir de ella no corresponde a tantas virtudes, a tanta dignidad, a tantas perfecciones naturales y sobrenaturales. Sin embargo, siempre es bueno hacer lo que podamos, intentar hablar de ella y manifestarle así nuestro amor.

Habéis escuchado esta mañana las hermosas palabras de la Misa. En el Oficio de la Maternidad, la Iglesia repite todas las palabras de los Libros Sapienciales que se aplican a la Santísima Virgen. El sentido literal se refiere, sin duda, a nuestro Señor Jesucristo. Es Él, Verbo de Dios, Sabiduría increada, quien puede decir: *El Señor me creó al principio de sus tareas... Antes de los siglos yo estaba allí... Cuando Dios impuso sus límites al mar, yo estaba a su lado, jugando sin cesar en su presencia*².

Sin embargo, la Santa Iglesia aplica estas palabras no sólo al Verbo Divino, sino también a la Santísima Virgen. ¿Por qué? Porque en el designio de la Encarnación, de aquel misterio que debía devolver a Dios todo honor y toda gloria, por el cual toda criatura vuelve a Dios, la Santísima Virgen está vinculada a nuestro Señor, como siendo después de Él la primera en los pensamientos divinos. En la mente de Dios, Jesús y María han sido siempre el objeto y el tipo del mundo, el fin para el que Dios lo creó.

¹ Fiesta de la Maternidad de la Santísima Virgen

² Pr 8, 22-30

Esto puede decirse incluso si admitimos que el misterio de la Encarnación fue provocado por la caída del hombre. En la presciencia de Dios, la culpa de Adán conocida como todo lo demás, y el misterio de la reparación había entrado en el plan divino. El otro punto de vista es mucho más sencillo. El mundo fue creado para Jesucristo y para la Santísima Virgen, y para volver a Dios por Jesucristo. Incluso sin culpa, el plan divino hace que todo vuelva a Dios por Jesucristo y necesariamente a la Santísima Virgen, que es la intermediaria por la que Jesucristo nos fue dado. De ella, pues, se dice: *Feliz el hombre que me escucha, velando a mis puertas día tras día, porque quien me encuentra, encuentra la vida*³.

Mirad, hermanas mías, cuán alentadora es para la misión que tenemos en este mundo, de dar a conocer a Nuestro Señor y a la Santísima Virgen. No hay una sola de nuestras acciones que no tenga este fin. Nuestra vida se divide entre la oración y la acción.

A través de la oración, buscamos conocer a Nuestro Señor y, si se me permite, darlo a conocer a nuestra alma, penetrar en Él, iluminar nuestra alma con sus rayos.

A través de la educación, buscamos darlo a conocer fuera. No sólo a través de tal o cual consejo, de tal o cual enseñanza damos a conocer a nuestro Señor: es a través de todo el trabajo que tenemos que hacer con las niñas que se nos confían. Hemos de procurar que esas niñas que vienen a nosotras, sin saber gran cosa de Nuestro Señor y de la Santísima Virgen, se conviertan en verdaderas almas cristianas que lleven en su vida la semejanza de Jesús y de María.

Vuelvo, pues, a las palabras de la Regla que se os han leído. ¿Qué es lo más importante en nuestras obras de celo? Es procurar *no decir ni hacer nada que no haya podido ser dicho o hecho por Jesucristo o por su santa Madre*. Si, en cualquier lugar de la casa, sois fieles a esta regla; si, a la puerta, respondéis con paciencia; si, en la cocina, servís con humildad y caridad; si, en la vigilancia, sabéis poseeros y mostráis el modelo de una monja perfecta; si se lleva a la enseñanza un espíritu de fe, de sencillez y de humildad, las niñas podrán ver en todas partes personas cuyas acciones son tales que podrían haber sido hechas por Nuestro Señor y por la Santísima Virgen, personas cuyas palabras no son indignas de los hijos de Nuestro Señor y de la Santísima Virgen. Somos esposas de Jesucristo e hijas de la Santísima Virgen.

Pidamos hoy esta gracia. Tengamos a menudo ante nuestros ojos a la Santísima Virgen llevando en sus brazos al divino Niño Jesús, tan hermoso, tan tierno, tan amable.

A la Santa Iglesia le gusta representar al Niño Jesús en brazos de la Santísima Virgen. Su Madre lo lleva y él lleva al mundo. Es verdad. En sus pequeñas manos, tan dulces, tan bellas, tan graciosas, el Santo Niño Jesús lleva el mundo, lleva nuestra alma, nos lleva a nosotras. Cada día decimos a Dios: *En tus manos, Señor, encomiendo mi espíritu*⁴. Pues bien, poned hoy a menudo vuestra alma en estas pequeñas manos divinas, tan puras, tan dulces, tan santas, donde podéis poner vuestro destino.

Hay otra palabra de la Escritura que os he citado a menudo: *Como están los ojos de la esclava fijos en las manos de su señora, así están nuestros ojos en el Señor, Dios nuestro*⁵. Tened los ojos fijos en las manos del santo Niño Jesús, e imaginad que en esas manos divinas está vuestro destino, vuestra salvación, vuestra perfección, vuestro futuro, vuestro pasado, el perdón de vuestros pecados, todo lo que necesitáis. De estas queridas y adorables manitas, Jesús quiere derramar sobre vosotras sus gracias más preciosas, y si os toma enteramente en estas manos, es para salvaros, para la eternidad. No temo exhortaros a esta devoción.

El Padre en el retiro nos contó que uno de sus hermanos solía pasarse horas enteras mirando el gorrito del Niño Jesús. Yo prefiero mirar las manos divinas de este niño que lleva el mundo, y me digo: «Espero que lleve mi alma, mi destino, mis deseos, todas mis necesidades». Más tarde, Jesús trabajó con sus manos.

³ Pr 8, 34-35

⁴ Oficio de Completas – Sal. 30.6

⁵ Sal 122,2

Estas manos son un gran objeto de respeto y devoción, cuando pensamos que desde los doce años hasta los treinta, Jesús trabajó con un trabajo humilde, duro, continuo. Más tarde, esas manos adorables consagraron para nosotros la Sagrada Eucaristía. Lo decimos todos los días en el canon de la Misa: *Jesús tomó el pan en sus santas y venerables manos, lo bendijo, lo partió y lo dio a sus discípulos*. Cada vez que se celebra el Santo Sacrificio, las manos de Jesucristo están extendidas sobre el altar. Más tarde, estas manos divinas son clavadas en la cruz, de la que mana la sangre de nuestra Redención.

Por eso, cuando miráis las manitas divinas del Niño Jesús, podéis ver en ellas todo lo que saldrá de ellas para vuestra salvación. Al mismo tiempo, pueden ser una lección de silencio, de confianza y, sobre todo, de amor. Nada vale más que el amor. Cuando os hablo de Nuestro Señor y de Nuestra Señora, es para que los améis más. Yo mismo trato de ocupar mi mente en ellos para amarlos más. *Quien se ocupa de mí, quien busca conocerme*, dice la Sabiduría, *tiene vida eterna*⁶, porque el amor debe seguir al conocimiento, y en este conocimiento y en este amor está la vida eterna. *La vida eterna* -dijo el Señor- *es conocerte a ti, único Dios verdadero, y al que tú has enviado, Jesucristo*⁷.

Recordad que la Santísima Virgen está siempre unida a nuestro Señor y nunca debe separarse de Él. Ella es como la dulzura divina a través de la cual Él vino a nosotras, la santidad creada, la pureza sin mancha, la reina de la virtud y de la misericordia en cuyos brazos Él se complació en descansar. ¿Podéis imaginar al Verbo eterno queriendo darse al hombre, y no encontrar esta reina de todas las virtudes, esta alma pura, este seno sin mancha, esta humildad perfecta? ¿esta oración continua, esta virgen venerable y maravillosa? En cierto modo, no habría podido venir a nosotras. Sólo podría haber descendido a un vientre tan puro como un rayo de sol.

Así que podemos decir que la adornó para nosotras y para sí mismo con todas esas perfecciones que nunca comprenderemos ni veneraremos lo suficiente.

nm

NM

⁶ Si 24,31.

⁷ Jn 17,3.